

Lo más grave era que Zapata tenía muchos adeptos, porque, unos por miedo y otros alucinados por sus prédicas socialistas, lo seguían en tumulto especialmente los peones y jornaleros de las fincas azucareras, y cada día que pasaba recibía un contingente numeroso de hombres. La anarquía, la que más era temida por el Gobierno Federal, paseó su bandera de exterminio por todo el Estado y pasando sus fronteras, fué también á ejecutar su nefanda obra en Tlaxcala, Puebla, Oaxaca, México y hasta en las goteras de la capital de la República. El problema, que se rehuía por ser de difícilísima resolución, ya estaba allí, segando vidas y destruyendo bienes; ahora el Gobierno estaba en la obligación de asumir ante la Historia y la Humanidad las responsabilidades que le resultaran de no mostrarse enérgico en perseguir lo que no era revolución, sino bandidaje; lo que no era una lucha de principios, sino una serie de asaltos y asesinatos.

Como habrá podido verse, á medida que el tiempo iba trascurriendo la misión del Presidente interino era más delicada y difícil; la sociedad, sin embargo, tenía confianza en él y á cada nueva desazón para el país, á cada nueva complicación que aparecía, más lo apoyaba y más calurosamente le mostraba sus simpatías.

CAPITULO V

Cunde la anarquía por el país

Mientras que en el Estado de Morelos el cabecilla Zapata se constituía en el terror de las gentes honradas, nuevas dificultades vinieron á presentarse á la obra pacificadora del Gobierno.

En el Estado de Sinaloa, los grupos de revoluciona-

rios opusieron mucha resistencia para ser licenciados, y cuando pudo, en parte, lograrse esto, se desató sobre la Entidad una verdadera plaga de envidias. Las intrigas estaban á la orden del día. Los telegramas que se mandaban desde el lejano Estado eran contradictorios, y sólo, después de leer muchos de ellos se ponía en claro una cosa: que la anarquía también amenazaba invadir á la región.

Los indios yaquis, los eternos enemigos de la raza blanca, los formidables opositores á todo progreso y á toda civilización que habían venido luchando contra el Gobierno desde luengos años, logrando mantenerse muchas ocasiones en estado de absoluta independencia del Gobierno Federal, habían sido reducidos á una cuasi impotencia por el Presidente Díaz tras una campaña sangrienta y dilatada; y durante la revolución permanecieron en calma. Ellos creían que al ser derrocado el Gobierno que los sometiera, recobrarían su completa libertad; que otra vez podrían incursionar por sus abruptas serranías en busca de pillajes y asesinatos; que la causa de la civilización y del progreso, que sin ellos tanto había ganado, retrocedería. Y como durante los meses que permanecieron sin la vigilancia de tropas les fué fácil proveerse de armamento y parque en los Estados Unidos, al acabarse la lucha entre la revolución y el Gobierno se encontraron en condiciones sumamente ventajosas para trastornar por su cuenta el orden.

Sin embargo de esto, como tenían una idea muy imprecisa de cuáles eran los ideales de la revolución, mandaron sus delegados á México para que aquí conferenciaran con el nuevo Presidente y con el Sr. Madero y saber los beneficios que podrían recibir del estado de cosas que acababa de inaugurarse. Se les dijo que vi-

virían sin opresiones, recibiendo ayudas pecuniarias de la Federación y que más tarde, contarían con tierras para cultivarlas y atender á sus cuidados de vida. Los delegados volvieron á Sonora contentos, al parecer, con las dádivas que les hacía el Gobierno; pero muy pronto esos indígenas indomables tornaron á su actitud agresiva y los asesinatos, saqueos y robos estuvieron á la orden del día en los lugares donde ellos se hallaban.

Pero nada tan grave fué como la guerra de castas del Estado de Chiapas. Durante el Gobierno anterior y únicamente por favorecer intereses determinados, se resolvió trasladar la capital á Tuxtla Gutiérrez; y como desde hacía muchos años guardaban resentimientos entre sí los habitantes de la capital primitiva, San Cristóbal Las Casas, y los de la nueva, Tuxtla Gutiérrez, los rencores llegaron á su máximo y si no se externaron con actos violentos y represalias terribles fué debido á que todos tenían un miedo pánico á la mano enérgica para el castigo del General Díaz. Y cuando ese miedo cesó porque el General Díaz dejaba de ser Presidente, los odios viejos se alzaron rugientes y provocaron una guerra brutal como todas las de castas. Tuxtlecos y San-cristobalenses dieron pruebas de una ferocidad sin límites; allí no había prisioneros ni hombres perdonados; el bando que cogía á uno ó varios enemigos, así fueran mujeres, ancianos ó niños, los sacrificaba sin compasión, y cuando no la muerte, les daba suplicios tan atroces como mutilarlos de la lengua, las narices y las orejas. La raza chamula, que ha sido refractaria á toda civilización intervino en esta guerra y la hizo más odiosa y bárbara.

El entonces Ministro de Gobernación D. Alberto García Granados, no quiso intervenir en los sucesos alegando que se trataba de una cuestión local y que pretender

arreglarla por la fuerza de que disponía el Gobierno del centro, era tanto como violar la soberanía de un Estado. La prensa dijo que la actitud del Ministro no obedecía á tal, sino al deseo de ayudar á un amigo y protegido suyo que aspiraba al Gobierno de Chiapas y que era favorecido en sus planes por la guerra de castas. No se llegó á comprobar la acusación de manera irrefutable, pero sí existió en la conciencia pública la sospecha vehemente de que el Secretario de Gobernación era culpable en gran parte de lo que acontecía.

Mas, como quiera que fuese, la situación del país era angustiosa. La anarquía iba cundiendo con rapidez y amagaba arrasarlo todo; en muy contadas partes solamente estaban las autoridades en condiciones de otorgar algunas garantías, y como resultado de todo esto, la desconfianza se hizo general y hasta se llegó á temer que sobreviniera un conflicto con alguna potencia extranjera, porque en virtud de las violencias que doquiera se cometían, mucho estaban sufriendo los intereses de nacionales de otros países y hasta la vida que perdieron algunos hizo creer que la complicación fuera inminente.

La prudencia con que siempre procedió el Gobierno interino logró conjurar estos temores. Al Imperio Chino, que presentó una reclamación exigiendo que se le satisficiera en su decoro y se le acordara una crecida indemnización por el asesinato de más de trescientos de sus súbditos; y al de Alemania, que también protestó con motivo de los trágicos sucesos de la fábrica de Covadonga, lo mismo que á España, se les dió prontamente la seguridad de que se haría plena justicia, persiguiendo tenazmente á los criminales para imponerles los castigos debidos y se les anunció que el Gobierno Mexicano es-

taba dispuesto á tomar en consideración sus reclamaciones para resolver en ellas conforme fuera de estricta equidad.

Y consecuente con sus promesas, ordenó á varias tropas que se pusieran en activa persecución de los criminales hasta que se lograra la captura de ellos y se les entregara en manos de la justicia. Fueron tan bien obedidas las órdenes á este respecto, que pronto cayeron en poder de las autoridades varios individuos á quienes se señalaba como autores de los asesinatos y saqueos de Covadonga, y un juez especial que se nombró estuvo conociendo desde sus principios de la causa respectiva.

Como los súbditos chinos que fueron muertos en Torreón perecieron á manos de las fuerzas revolucionarias el día en que ellas entraron á la ciudad después de una lucha desesperada, y se supiera que aquéllos habían perecido porque estuvieron atacando á las tropas victoriosas, se dispuso abrir una averiguación que depurara los hechos para imponer los castigos necesarios á los culpables, en caso de haberlos, y atender á la reclamación que presentaba el Gobierno Chino.

Por medio de esta política sabia y conciliadora, el Presidente interino logró que se alejara todo peligro de un rompimiento de relaciones con cualquier país extranjero. Eso le concitó muchas simpatías más y la sociedad entera premió con un aplauso entusiasta al ciudadano que con tanto patriotismo sabía servir á su pueblo.

Sólo quedaron, en consecuencia, como graves problemas de inmediata resolución para el Gobierno, el licenciamiento de los revolucionarios que aún permanecían en armas y extirpar al bandolerismo, quitando así las dos causas primordiales del estado anárquico que imperaba. Es decir, los dos problemas que más preocupa-

ban al Gobierno desde el día en que se encargó de regir los destinos del país, seguían en pie, cada vez más complicados, cada día más arduos de resolver, á cada momento volviéndose más enmarañados y difíciles. La Nación, sin embargo, no perdía la confianza en su Gobierno: tanto así confiaba en la cordura y en el patriotismo del Primer Magistrado de la República.

CAPITULO VI

Aparecen otras complicaciones

Hubiera sido posible, á pesar de todo, para el Gobierno interino, acabar con la anarquía que estaba haciendo su presa en el país, si todavía otros sucesos que se desarrollaron no intervienen y complican las circunstancias, volviendo casi irresoluble, por los medios que la diplomacia y la prudencia indican, el problema.

El Congreso Federal, al mismo tiempo que había aceptado las renunciaciones de los señores General Díaz y Ramón Corral, de sus puestos de Presidente y Vicepresidente de la República, lanzó la convocatoria respectiva para las nuevas elecciones. La revolución, desde antes de estallar, sostenía las candidaturas, para esos puestos, de los señores D. Francisco I. Madero y Dr. D. Francisco Vázquez Gómez, y, ya triunfante el movimiento, ellas casi no tenían opositores de ninguna clase y todo parecía augurar que llegado el día de los comicios en las ánforas caerían los votos de la mayor parte de los ciudadanos en favor de esa fórmula. Pero esto no tenía que ocurrir así.

Es cosa bien probada por la experiencia, que toda revolución trae consigo el despertar de muchas ambiciones que luego, por la misma violencia de los actos con-

sumados y por la sobreexcitación que reina en todos los hombres, no pueden refrenarse. De esta ley no podría apartarse nuestro movimiento subversivo, y dos individualidades fueron las encargadas de hacerla cumplir. Fué una el Lic. D. Emilio Vázquez Gómez, que figuraba como Secretario de Gobernación en el Gabinete del Presidente interino, y la otra el señor General D. Bernardo Reyes, que en el Gobierno del General Díaz ocupara prominentes posiciones políticas.

El tratado de paz que se firmó en Ciudad Juárez entre los representantes de la revolución y los del Presidente derrocado, hizo que el movimiento, de radical que era, dominara sus ímpetus para serenarse mucho y reconocer la existencia de un Poder emanado de la Constitución. Ese era el verdadero origen del Gobierno interino. Por ese solo hecho, se reconoció la existencia legal del Gobierno anterior y todos sus actos quedaron reconocidos, tácitamente al menos, como legales. En consecuencia, el Plan de San Luis Potosí, que era el que había dado vida á la revolución, tenía que ser reformado, de acuerdo con el compromiso contraído en el tratado de paz. Ya no podría haber un cambio violento de empleados como se había anunciado; ya no serían puestos en tela de juicio los actos de la administración pasada; ya no se privaría á los grandes terratenientes de una gran parte de sus haciendas para dividir las en parcelas y crear la pequeña propiedad agraria; ya todo aquello, era un imposible de conseguir por la fuerza, porque el Plan de San Luis y sus promesas quedaban maltrechos en los convenios firmados.

Pero si la situación estaba definida así, y la actitud de la revolución ante el Poder caído quedaba deslindada en esa forma, hubo revolucionarios que no estuvieron

conformes con la nueva orientación, porque,—decían,—ella quitaba su objeto á la lucha y traía para la República un porvenir muy semejante al pasado combatido. Particularmente se distinguió como mantenedor de esta doctrina, el citado Secretario de Gobernación, Lic. Vázquez Gómez, quien valido de su prominente puesto, que por virtud de las circunstancias porque pasaba el país en aquellos momentos, era el más importante en el Gobierno, estuvo haciendo una prédica constante entre los elementos revolucionarios para que desconociendo el tratado de paz continuaran la obra de la revolución. Vázquez Gómez quería que á todo trance se deshiciera cuanto había hecho el Gobierno pasado, es decir, soñaba en una destrucción completa; para después, de las ruinas de un poderío alcanzado, se comenzase la tarea de reconstrucción según los ideales revolucionarios. Nada quería él que estuviese contaminado con la política porfiriana; nada que tuviese el sello de la administración anterior.

La actitud de aquel Secretario de Estado era imposible de hermanaarla con la asumida por un Gobierno prudente y con la de una revolución que á su triunfo se había sometido, y comenzó entonces una guerra sorda de ésta contra el primero, guerra en la que el Gobierno, siguiendo su política de no amontonar más combustible en la hoguera, pretendió ser conciliador para ver si todavía era posible traerse al buen sendero al Secretario que predicaba la demolición de todo. Muy pronto el Gobierno mismo hubo de convencerse de que aquello era imposible, y que su fuerza estaba en grave peligro de ser aniquilada por el Ministro Vázquez Gómez, y entonces, haciendo causa común con la revolución, tuvo que dar el golpe de gracia pidiéndole al Secretario de Estado la

inmediata renuncia de su puesto. Semejante decisión vino á provocar la crisis.

Todos los elementos revolucionarios que habían sido arrastrados por las prédicas de Vázquez Gómez, se apresuraron á protestar en una forma descompuesta y ruidosa contra la exigencia del Gobierno, que era tenida como un atentado contra la revolución, porque se había llegado á sostener la tesis de que el Ministro destituido era el representante genuino de las aspiraciones populares. La protesta fué tan virulenta y agresiva, que por el decoro del mismo Gobierno hubo necesidad de abrir un proceso contra los que la firmaron. El documento no se limitaba á protestar, sino que amagaba; decía que de no ser repuesto el Lic. Vázquez Gómez en la Secretaría, la revolución armada iba á estallar.

Desde ese mismo momento vino entre el propio partido revolucionario una división peligrosa; desde aquel instante la República, en su paz interior, ya contaba con un nuevo enemigo, y ese enemigo formidable y poderoso, lo integraban los simpatizadores del Lic. Vázquez Gómez y los que veían en él á una víctima despiadadamente sacrificaba. El vazquismo acababa de aparecer, uniendo un elemento más á la anarquía rugiente.

No fué este el único elemento anárquico que apareció; ya hemos dicho que otra personalidad, el General don Bernardo Reyes, estaba destinada para servir de bandera á otra facción descontenta.

Reyes había salido del país, como proscrito, cuando los primeros síntomas de un descontento general anunciaron á la revolución. Reyes, tuvo, antes de su destierro, numerosos simpatizadores en todo el país, porque la Nación creía que él era el hombre destinado á conjurar el peligro que amagaba venirse encima con la im-

posición de D. Ramón Corral; pero la mayor parte de sus adictos lo abandonaron cuando vieron que por disciplina hacia su antiguo amigo el Presidente Díaz, ren-
día su espada de militar y aceptaba humildemente una orden de expatriación que dictaron sus mismos enemigos.

Cuando la revolución de Noviembre cobraba mucha fuerza, el Gobierno presintió que el único militar capaz de refrenarla sería Reyes, en quien se confiaba mucho por el prestigio de que se le creía rodeado aún, y ante la necesidad de su presencia en México, se levantó la orden de destierro y se le hizo regresar al país. Pero no se contaba con que el General Reyes estaría resentido por la crueldad con que se le trató; y no hubo quien supusiera que aun antes de pisar el territorio mexicano, desde Cuba, enviara una comunicación al Gobierno del General Díaz, en la que, escondida en circunloquios diplomáticos, Reyes decía claramente que sólo se encargaría de la campaña si se eliminaban del Gobierno los elementos enemigos de él, que también eran odiados por el pueblo, y se implantaban determinadas reformas. Aquello causó pánico y una vez más se desconfió del militar, enviándosele entonces una orden para que suspendiera su viaje y permaneciese en la Habana hasta nuevo aviso. Indudablemente se trataba de mantenerlo alejado del país.

Al triunfar la revolución, el Sr. Madero, jefe reconocido de ella, dió permiso al General Reyes para que volviera al territorio nacional, y hasta se dió orden para que una escolta de revolucionarios cuidara de la seguridad del divisionario. Llegado á México, manifestó que él colaboraría al triunfo de la revolución; que amaba á su país y no intentaba causarle ningún daño y que, si

se aceptaba su cooperación y su esfuerzo irían á donde el nuevo Gobierno lo indicase. Esas palabras se creyeron sinceras por unos, pero por los enemigos del divisionario, que formaban por su número una legión, fueron tenidas como falsas y se las consideró como una estratagemas de que se valía para que la opinión pública lo indultara de sus anteriores yerros. Y, éstos, los enemigos, comenzaron una campaña cruel, en la prensa, contra el General.

Había dicho el divisionario que no aceptaría ninguna candidatura que se le ofreciese, y hasta ofreció servir la cartera de Guerra y Marina en el Gobierno del señor Madero, cuando subiese al poder. Ese ofrecimiento lo hizo á instancias del mismo Sr. Madero que lo invitó para colaborar en esa forma con él.

Pero, á pesar de todas esas promesas, pronto se pudo ver que los amigos personales del General trabajaban ostensiblemente para elevarlo á la Presidencia de la República, y á poco se tuvo el convencimiento de que semejantes trabajos no eran desdeñados y menos desautorizados por el favorecido; al contrario, él tuvo la franqueza de exhibir todas sus ambiciones, cuando en un acto público aceptó su candidatura para la Presidencia de la Nación. Desde aquel acto, Reyes quedó completamente desligado de Madero; y entre ambos se mantuvo una puja terrible para conquistar el voto público. Esa contienda, que muy pronto tendremos motivo para analizar en todos sus detalles, vino á constituir otro motivo de intranquilidad social y fué un acontecimiento más que trajera desvelos y sinsabores al Gobierno interino.

Mas no estaba agotado todavía el número de pruebas que el destino de la Nación quería hacer pesar sobre el interinato; otras más duras y más dolorosas para la

persona del Poder Ejecutivo se tenían reservadas, y de ellas hemos de ocuparnos en el capítulo siguiente.

CAPITULO VII

La lucha electoral de 1911

Contra todo lo que pudiera creerse, la candidatura que para la Presidencia fué lanzada en favor del señor General Reyes, tuvo muy poca aceptación en el país. La opinión, aunque dos años atrás se había manifestado francamente adicta al militar, ahora estaba en favor del Sr. Madero y cuanto se hiciera para darle una nueva orientación tenía que resultar inútil.

El Lic. D. Emilio Vázquez Gómez, desde que fué separado de la Secretaría de Gobernación, estuvo trabajando también para ser electo Presidente; pero sus trabajos, aunque ostensibles, nunca llegaron á tener ni siquiera la importancia de los de Reyes, de manera que, para la resolución del problema electoral, ésta, como la candidatura de aquél, no constituyó en ningún caso un obstáculo para la incontrastable popularidad del señor Madero.

Resuelta estaba, pudiéramos decir, la lucha por la Presidencia; mas no ocurría otro tanto con la Vicepresidencia. La fórmula que había sostenido la Revolución había llegado á ser imposible. Esa fórmula era la integrada por el Sr. Madero como Presidente y el Dr. Francisco Vázquez Gómez como Vicepresidente. Los dos candidatos, aunque á duras penas, pudieron marchar de acuerdo mientras duró la Revolución y el triunfo de ellos estuvo indeciso; pero cuando fué un hecho la victoria alcanzada, se presentaron dificultades entre ambos y pronto en sus relaciones se notó una frialdad precur-